

IDILIO

ANT

XIV

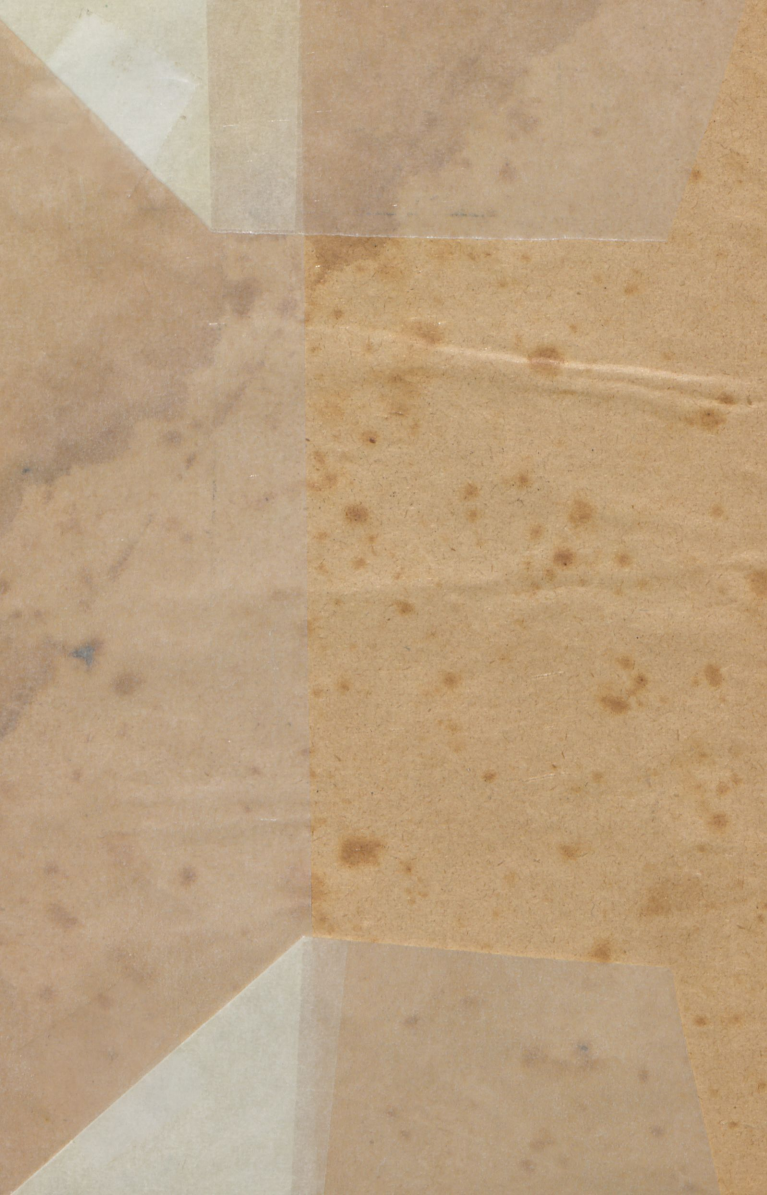
1274/6



por Gaspar Núñez de Arce

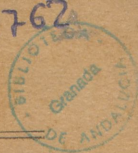


NUEVA EDICCIÓN
SEVILLA



17 cmf

R. 67.762



GASPAR NUÑEZ DE ARCE

ANT

XIX

1074/6

IDILIO



SEVILLA

1888





ÍDILIO

I

¡ Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡ Oh gratos sueños de color de rosa!
¡ Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II

¡ Volved, volved á mi! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imágen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas.
Y vuestras leves alas
Refresquen, ¡ ay! mi corazón marchito.

III

Era á principios del ardiente Julio,
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, *Anquises y Medea*,
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV

¡ Hace ya tanto tiempo ! era yo mozo:
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombreaba.
Emprendi cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡ Mi bondadosa madre me esperaba !

V

¿ Y nadie más ! ¡ Ay ! si. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de mi vida;
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

VI

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro

De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
 Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

VII

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
 En nuestra honrada cuna
Nos durmió un mismo beso, un mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
 Y juntos compartimos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto

VIII

¡ Cuán hondo surco en mi memoria labra !
 La primera palabra
Que babuleó su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
 Las plegarias del niño,
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX

Desde el alba hasta el término del día
 La gente nos veía

Vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡ Siempre andábamos juntos ! Siempre unidos
 Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X

¡ Cuántas veces con sustos y congojas
 Entre las verdes hojas
Crujir sentimos la insegura rama,
Y antes de aprovecharnos del aviso,
 Hallamos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama !

XI

¡ Cuántas veces corriendo descuidados
 Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
 Volvíamos á casa
En el carro de mies de algun vecino !

XII

Rápidas al pasar y halagadoras
Las no contadas horas

Nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fría
 Piadosa nos rendia,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII

El tiempo deslizóse dulcemente
 Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
 Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezara.

XIV

¡ Conservaré el recuerdo mientras viva
 Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares:
Mi amante madre preparaba inquieta
 La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV

Mi padre enternecido, aunque severo.
 Ensilaba el overo

Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

XVI

En confusion ruidosa, pero grata;
La loca cabalgata
De otros muchachos, á buscarme vino.
Rayaba apenas la rosada aurora.
—¡ Vamos, Juan, que ya es hora
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII

Mi madre entonces con abrazo estrecho
Me atrajo hacia su pecho,
Deborándome á besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto:
—¡ Mujer, no es para tanto !
¡ Siempre has de ser así ! Lloras por nada.—

XVIII

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendi la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.

A un escuché gritar:—¡ Que escribas, hijo !—
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

X I X

¡ Fué terrible y patético el momento !
Yo, hasta entonces contento,
Conmovido lloré, perdi la calma,
La ansiada libertad me sonreía;
Pero ¡ ay de mi ! sentia
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

X X

Pocos meses después, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡ Oh ventura ! á los últimos reflejos
De sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

X X I

Doblaba lentamente la campana:
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos;

Sepultábase el sol en el ocaso...
¡ Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer segó mis ojos.

X X I I

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo:—¿ Ay, hijo mio !—

X X I I I

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen Bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias, por mi vuelta, al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre, y ; tambien *ella* !

X X I V

Quedéme al verla extático y absorto.
Roto había en tan corto
Plazo el botón de rosa su clausura,

Hiriéndome de pronto como un rayo,
 Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura

X X V

Ella estaba encendida, yo confuso;
 Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada:
Observó nuestro tímido embarazo.
 Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

X X V I

En la santa explosión de su alegría
 Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca;
Y con afán mi corazón sediento
 Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

X X V I I

Mezquino y débil el lenguaje humano
 Pretendería en vano
Pintar nuestra emoción intensa y viva.

No es posible decir lo que sentimos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII

Mas, ¡ ay ! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve,
Que no llega á cuajar en la llanura.
¡ Un instante no más ! Solo un instante
Animó su semblante
Fugitivo destello de ternura.

XXIX

■ No acertaba á explicarme su mudanza:
La ingenua confianza
De la edad infantil trocó en desvío,
Y los alegres juegos que animaron
Nuestra niñez, pasaron
Como pasan las ondas por un río.

XXX

Apuré la amargura hasta las heces:
A veces grave, á veces
Adusta, y pronta siempre en sus enojos,

Me hablaba sin razón con gesto esquivo,
Y sin ningun motivo
Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI

Desde el alba hasta el término del día
Ya nadie no veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
Pasaba por su lado,
Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolor;
Mas al quedarme solo
Se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII

Entonces ¡ay de mí! pensando en *ella*
Dirigía mi huella
Hacia las ruinas del feudal castillo,

Que sobre estéril y ondulada mota
Alza su frente rota
Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV

Elévase fantástica y disforme
Aquella mole enorme
Que muestra de los siglos el estrago:
Crece en las hendiduras de la piedra
La trepadora hiedra
Y al pie del muro el triste jaramago.

XXXV

Solo las bulliciosas golondrinas
Turban de aquellas ruinas
La paz solemne con sesgado vuelo,
Y alguna alondra al ascender inquieta,
Símbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI

En muda calma y soledad medrosa
Parece que reposa
Aquella gigante por la edad rendido.

Hasta un arroyo, que á sus plantas corre
Y la vetusta torre
Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII

Para vencer mi insoportable tedio,
Y hallar algun remedio
A mis ansias prolijas y secretas,
Con brazo vigoroso y pié seguro
Subia por el muro
Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII

Agil, robusto, dueño de mi mismo,
A través del abismo,
Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
Para ver en confusa perspectiva
La inmensidad arriba
Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX

Las aves que en la torre se acogían,
Al acercarme huían,
Y solo con mis penas en la altura,

De codos en el ancho parapeto,
Miraba con respeto
El cielo azul y la feraz llanura.

X L

¡ Cuántas veces mi espíritu érrabando,
Apartado del mundo
En aquel torreón del homenaje,
Con íntima y tenaz melancolia
Se engolfaba y hundía
En la infinita calma del paisaje !

X L I

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban:
Por todas partes se estendía el llano
Hasta el confin lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

X L I I

¡ Oh tierra en que nací, noble y sencilla ;
¡ Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia ! ¡ Aire sereno !

¡ Fecundadora luz ! ¡ Pobre cultivo !...
¡ Con que placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno !

X L I I I

Cual dilatado mar, la mies dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y místicas amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas.

X L I V

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agabillado en los inciertos
Surcos, como los muertos,
En el revuelto campo de combate.

X L V

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,

Y entre las ondas de la mies madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos:
Y donde apenas la mirada alcanza,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII

Por angostos atajos y veredas
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces.
Con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
A través de los campos se dilata:

Refleja en su corriente el sol de estio,
Y el sosegado rio
Cinta parece de bruñida plaia.

XLIX

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta,
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L

En las tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desórden las aldeas,
Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI

En las cercanas éras reina el gozo.
Con intimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,

Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

LII

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga
Y salta rota la reseca paja.

LIII

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama
Que al pie se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve,
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, ántes sereno.

Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

L V

Era de noche ya. Con hondo espanto
Vi que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
E insólita pavora
Deshizo como sombra mi energía.

L V I

Quise medir la elevación del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

L V I I

Mi invencible terror iba en aumento:
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé contrito.

En aquella ocasión volvíme loco
Y empecé poco á poco
A bajar por la mole de granito.

LVIII

¡ Un siglo para mí fué cada instante !
Bregaba jadeante,
Hincando con furor en la muralla
Manos y piés, tan ciego y trastornado
Como el pobre soldado
Que por primera vez entra en batalla.

LIX

Volaban junto á mí, tristes y graves,
Las temerosas aves
Que despertaba al descender yo mismo.
¡ Ya escuchaba el murmullo del arroyo !...
Mas, ay ! perdí el apoyo,
Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX

Me así al ramaje respirando apenas.
La sangre de mis venas
Corrió con ritmo acelerado y duro.

Desvanecido, horripilado, incierto,
Y de sudor cubierto,
Buscaba en vano con mis pies el muro.

L X I

! Aun el recuerdo abrumador me arredra !
Crujió la débil hiedra
Entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
Espacio, senti frío,
Luego un dolor agudo, luego.... ! nada !

L X I I

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recojióme un vecino
Al pié del muro exánimé y maltrecho.
Cuando volvi de mi mortal letargo
Vertian llanto amargo
Las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

L X I I I

— ¡ Vive ! — mi padre alborozado dijo.
— ¡ Vive ! — con regozijo
Mi madre repitió, mirando al cielo,

Ella en silencio se enjugó los ojos.—
Postráronse de hinojos,
Y la santa oración levantó el vuelo.

L X I V

Penosa fué mi curación y lenta.
Tan recia y violenta
Sacudida sufrí, que estuve inerte,
Postrado y sin hablar noches y días,
Esperando las frías
Y espantosas caricias de la muerte.

L X V

¡ Cuantas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razón y mis miembros embargaba
Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba.

L X V I

Con la sedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,

Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mio !

L X V I I

¿ Era ficción ó realidad ? ; Quien sabe !
¿ Soñaba cuando el suave
Calor sentía de furtivo beso
Que se posaba en mi, como se posa
La leve mariposa
Sin que la débil flor se doble al peso ?

L X V I I I

¿ Soñaba cuando triste ó sastifecha,
En lágrimas desecha
O risueña y feliz, segun mi estado,
Mirábala sumisa á mis menores
Caprichos y dolores,
Como un ángel de Dios siempre á mi lado.

L X I X

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿ Qué saca el pobre leño,
Despojo inútil de la mar bravía,

Sinó hacer más terribles sus congojas,
Con recordar las hojas
Que le vistieron de verdor un día ?

L X X

Al cabo pude abandonar el lecho;
Mas ay ! no sin despecho,
Porque á medida que la sangre ardiente
Daba á mis miembros el vigor perdido,
Mi dulce bien querido
Recobraba su aspecto indiferente.

L X X I

Cierto día, en las horas de la siesta
Cuando la luz molesta
Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
Al pie tendido en la angostada alfombra
De un árbol cuya sombra,
El sol marchita, pero no traspasa.

L X X I I

Dejaba en perezoso enervamiento
Vagar mi pensamiento
Atormentado de traidora duda,

Ella, cerca de mi, dándome enojos,
No apartaba los ojos
Del bastidor, ensemismada y muda.

L X X I I I

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
Con indecible pena
Me preguntaba yo. —¿Por qué me trata
Con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mi no era ya dueño,
Y exclamé sin pensar :—Ingrata, ingrata !

L X X I V

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
Breves instantes, levántose incierta
Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano
Y me tendió su mano,
Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

L X X V

— ¡ Sufres ! — me dijo con afán, — ¿ Qué tienes ?
¿ Con tan fieros desdenes
Paga tu afecto la mujer que adoras ?

Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡ Ay de mi ! que no puedo.
Sinó llorar contigo cuando lloras.—

L X X V I

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿ No era unir el sarcasmo
A la traición ? ¿ Las burlas al desvio ?
La indignación profunda que me ahogaba,
Rompió al fin, como lava
Que se convierte en inflamado rio.

L X X V I I

— ¡ Goza, gózate ! — dije — fementida,
En enconar la herida
Que con tu injusta indiferencia has hecho,
¡ Ojalá fuera fácil olvidarte !
Que por dejar de amarte
Me arrancaría el corazón del pecho.—

L X X V I I I

Yo la vi entonces fascinada y ciega
Llegar á mi, cual llega
La enamorada tórtola al reclamo.



Era débil su voz como un gemido,
Y murmuró á mi oído:
— ¿ Es cierto ? ; No me engañes, que te amo !

LXXIX

Quebrante la pasión que me sofoca
La cárcel de mi voca.
; He llorado en silencio tantos dias !
¿ No me roban tu amor otras mujeres !
¿ Es verdad que me quieres ?
! Si me engañaras, Juan, me matarías !

LXXX

No sabes que esta bárbara sospecha
Como acerada flecha
Me ha trapasado el corazón. ; Ah ! cuánto,
Cuánto he sufrido !... — Hablábame gozosa.
Y en su mejilla hermosa
La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI

Yo la escuchaba extático.... ; Aún la veo!
; Aún en el alma creo
Que resuena su voz, su voz vibrante

Como el último acorde de una lira !
Aún me llama, aun suspira,
Apasionada siempre y siempre amante !

LXXXII

Desbordó mi cariño cual desborda
La mar rufiente y sorda,
Y con febril ardor de que me acuso,
Quise estrecharla entre mi brazos, cuando
De súbito llegando,
Entre los dos mi madre se interpuso.

LXXXIII

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
Corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mi sus ojos graves,
Y dijo : — Cuando acabes,
Si la mereces, Juan, vuelve por ella.—

LXXXIV

Marché á estudiar con redoblado brio
Ni el ocio ni el hastío
Mitigaron un punto mi ardimiento;

No tuve un solo instante de desmayo.
¡ El rayo, el puro rayo
De su amor me encendia el pensamiento !

X X X X V

¡ Terminé al fin !.... Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

L X X X V I

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñia el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso....
¡ Ay ! yo detuve el paso
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

L X X X V I I

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita
A cuyos muros me llegué temblando,

Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII

La estreché desolado y convulsivo.
— ¡ Murió ! ¿ para qué vivo ? —
Grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
— Dios calmará tu duelo.
Es la vida tan corta !.... ¡ Ora y espera !



